

# Hacia una agricultura moderna<sup>1</sup>

## *Towards a modern agriculture*



JUAN MANUEL OSPINA RESTREPO

En medio de la tempestad, hay que mirar las salidas. No puedo empezar esta intervención sin hacer unos comentarios sobre Santander, un departamento que como pocos resume lo que es la realidad y las perspectivas de Colombia:

- Tiene una economía apoyada con firmeza en sus sectores agropecuarios e industriales.
- Su sector agropecuario es predominantemente andino, pero en forma creciente se asienta en las tierras calientes: Magdalena Medio y Sur del Cesar. En este cambio de localización hay cambios más de fondo que apuntan a la consolidación de una actividad de corte empresarial y claro perfil tropical.
- Santander ha sido una región que como pocas conoce el azote de la violencia y que los santandereanos entienden que este tema es el más crítico que enfrenta Colombia, aquel al cual los colombianos -los ciudadanos y sus instituciones- deben dedicarle el esfuerzo, el compromiso y los recursos que sean necesarios.
- Por último, es una región que conoce en carne propia las ventajas pero también los graves peligros y amenazas que encierra la integración económica. Los flujos con Venezuela le han enseñado a ser cauta en un tema en el cual hay todavía mucho entusiasta ingenuo en los ámbitos técnicos y de decisión del Estado. Debe anotarse que las primeras declaraciones del Ministro de Comercio Exterior, Dr.

Carlos Ronderos, son al respecto esperanzadoras. porque denotan realismo al abordar el tema y en especial en lo referente al sector agropecuario.

No voy a hablar de la palmicultura -de su situación y probabilidades- porque los que saben del tema son ustedes; además, otros en el Congreso abordaron de manera competente esos asuntos específicos. La palmicultura -sus productores, sus organizaciones, sus directivos, sus realizaciones- es ejemplo para el sector y el país, y señala caminos que, con las necesarias adaptaciones, debe recorrer el conjunto del sistema productivo.

Pero no debemos darnos por satisfechos porque los problemas y las amenazas existen así como también enormes posibilidades, si sólo el país se decidiera a pensar en grande. En la palmicultura hay espacio amplio para eso. para pensar en grande. El gobierno le debe perder el miedo a apoyar ambiciosos proyectos agroempresariales. Hacen país los grandes y los pequeños, en esto no nos podemos equivocar. Apoyar a los empresarios agropecuarios no es ni irracional ni regresivo, como algunos se empecinan todavía en afirmar. La evidencia nacional e internacional demuestra lo contrario. Con sectores dinámicos, el gobierno puede establecer verdaderos acuerdos de desarrollo con modernización y transformación productiva.

Dicho lo anterior quiero insistir en un punto que a veces por evidente, tiende a olvidarse, a subestimarse. Me refiero a las organizaciones de los productores y a sus instituciones, en especial las gremiales.

I. Intervención del Presidente de la SAC en la clausura de la XXV Asamblea General de Fedepalma. Bucaramanga, 8 de mayo de 1997.

La realidad del mundo de hoy es clara en señalar que, a diferencia de épocas pasadas, los agentes principales y más dinámicos del proceso económico son los productores organizados. El productor aislado, atomizado, es cada vez más una figura del pasado, con muy poco o ningún futuro.

El análisis social contemporáneo insiste en valorar como un activo para el avance de las sociedades y de las economías, el desarrollo de las instituciones y las formas organizativas, lo que los economistas empiezan a llamar el capital institucional, que se añade al capital social, al humano, al físico y al financiero como elementos necesarios para el desarrollo.

Pero si todo esto es cierto en tiempos normales, lo es mucho más en tiempos de crisis y de cambios profundos como los que se vive, el horizonte no está claro ni estabilizado, y nuevas amenazas y posibilidades saltan por cualquier lado; cuando la calidad y el volumen del producto ofrecido son variables críticas para acceder y permanecer en los mercados; cuando la tecnología y el conocimiento son las llaves del futuro; cuando, en una palabra, la suerte del productor se define cada vez más con lo que se haga o no se haga, con lo que suceda de «la puerta de la finca para fuera»; cuando, finalmente, hay que hacer o promover inversiones cuantiosas que complementen y potencien las realizadas en la explotación individual.

En Colombia se tiene una buena pero mejorable institucionalidad gremial agropecuaria; sobretodo necesita adaptarse plenamente a los nuevos escenarios regionales, nacionales e internacionales en los que se desenvuelve la actividad, y al cambio en la acción intervencionista del Estado en la economía; son meros escenarios y compromisos para el trabajo.

En consonancia, se necesita asumir, en plenitud, una visión estratégica del sector, de los productos y de las regiones en donde se trabaja. En la SAC somos conscientes de ello y por eso estamos promoviendo una serie de acciones de reflexión estratégica y de apoyo a la coordinación del trabajo regional de los gremios. Nuestro congreso de noviembre, cuando culmina la celebración de los 125 años, debe ser la ocasión para renovar el pacto entre la SAC y sus gremios afiliados, y entre nuestros gremios y el sector agropecuario, que es como decir, el país todo.

Ahora bien, esta herramienta institucional necesita el apoyo de sus agremiados, apoyo que reconoce que el trabajo institucional finalmente tendrá la trascendencia y el alcance que sus afiliados le quieran dar y que, como dicen los anglosajones, «no hay almuerzo gratis», es decir, que tiene su costo.

Cada vez es más claro que el futuro hay que asumirlo desde la perspectiva de la cadena productiva. Acá nuevamente se impone el criterio de la organización, de la coordinación de esfuerzos y de la identificación de propósitos comunes, en una perspectiva de mediano plazo.

En efecto, no se concibe una agricultura moderna sin entronques claros y estratégicos con la agroindustria y con las empresas comercializadoras. Lo dicho es válido si se mira desde la perspectiva de la agroindustria, pues no deja de ser una quimera, pensar que, en el tiempo, una agroindustria se mantiene y progresa basada sólo o fundamentalmente en las importaciones de su materia prima. Somos, por consiguiente, aliados estratégicos en un proyecto común, máxime en la perspectiva de la internacionalización económica, en donde la competencia claramente se da entre cadenas productivas.

Dicho esto, el camino por recorrer es difícil porque siempre estará presente el conflicto del corto plazo alrededor de la discusión por el precio, la búsqueda de una ganancia inmediata por una de las partes, generalmente la industrial, hay que decirlo, que es capaz de poner en peligro las perspectivas de mediano y largo plazo. En la SAC somos conscientes de la importancia del tema y de sus dificultades, pero lo hemos asumido como una tarea básica. Afortunadamente, hoy en la ANDI se respira un ambiente que comparte estos objetivos. No hay duda de que la escaramuza diaria entre agricultores y agroindustrias desgasta a las partes, envenena el ambiente, dispara la desconfianza y destruye cualquier posibilidad de pensar el futuro como un proyecto común, como debe ser, como tiene que ser.

En Colombia es imposible hablar sobre el presente y el futuro sin tener en cuenta la aflictiva situación del orden público y la convivencia ciudadana. No tiene sentido insistir ante ustedes sobre las consecuencias

■ *En Colombia se tiene una buena, pero mejorable, institucionalidad gremial agropecuaria.* ■

de esta situación sobre la actividad productiva y sobre nuestras vidas cotidianas. De alguna manera somos todos sobrevivientes de una situación desesperada.

Los colombianos con una sola voz clamamos contra lo presente y por la paz, sin la cual todo proyecto está sujeto a la incertidumbre. Pero se debe, como la misma intensidad, apoyar acciones que hagan realizable ese indudable anhelo nacional.

Va haciéndose claridad que la dicotomía entre guerra y negociación, es una falsa alternativa, pues la naturaleza del conflicto obliga a considerar que la confrontación armada en curso debe desarrollarse de manera tal que cree las condiciones para una negociación real, que parta de la aceptación entre las partes de que la paz es mejor que la guerra, pero para ello no basta con tener una aspiración de paz, pues a ella no se llega por un simple ejercicio de la voluntad, no es una decisión voluntarista.

Se necesita la decisión y los medios para adelantar una confrontación que abra el camino a la negociación, y en esto la ciudadanía tiene, tenemos, una gran responsabilidad. Se debe apoyar a las autoridades a la par que exigirles eficacia en su acción; sin esa eficacia, la confrontación se hará indefinida y cada vez más sucia.

El problema de los derechos humanos en el país ha adquirido unas proporciones que vuelve a Colombia un país problema ante una comunidad internacional que, por distintas razones, ha colocado a dichos derechos entre sus prioridades. Esta es una realidad que se debe aceptar, entender y enfrentar, porque en el frente internacional también se puede perder la guerra.

El nuevo Ministro de Defensa tiene esto claro y por ello ha colocado entre sus prioridades darle gerencia a las fuerzas armadas para que recuperándoles eficiencia administrativa, mejorarles su eficiencia operativa. En este propósito hay que acompañarlo a la par que en el de garantizarles los medios suficientes para que sean efectivas. Es impensable que en una situación como la colombiana se aspire a tener un presupuesto militar para tiempos de paz. La consigna debe ser la de apoyar

y facilitar recursos pero exigiendo resultados. Las fuerzas armadas, como el resto de las entidades colombianas, sufren de la enfermedad de la ineficiencia.

La meta no puede ser acabar de privatizar esta guerra tan particular que se vive, sino avanzar para que en ella las fuerzas armadas recuperen el pleno control de las armas; la ciudadanía organizada puede y debe apoyarlas, sin pretender sustituir las en el cumplimiento de su función constitucional. La policía ha demostrado que cuando se tiene decisión y objetivos claros, los cambios se logran, con resultados importantes para la tranquilidad pública.

Desafortunadamente, hoy no están dadas las condiciones para una negociación, aunque sí deben mantenerse líneas de comunicación con la subversión para, en medio de la confrontación, buscar caminos para clarificar posiciones y despejar obstáculos a esa negociación, que se espera llegue más pronto que tarde. Porque, debo decirlo con plena franqueza, creo que la solución a lo actual no es una guerra de tierra arrasada.

Es importante, además, avanzar en aquellas acciones que creen poco a poco condiciones para la paz: los reinsertados y los desplazados requieren de una política y unas acciones claras para evitar que allí se incuben nuevos factores de violencia; el Derecho Internacional Humanitario debe ponerse en vigencia para que tantos inocentes dejen de ser víctimas anónimas de este ciego conflicto; acciones de estado en las zonas calientes, con una clara prioridad, son un arma insustituible para ganarle terreno a la guerrilla y para acercar aún más a la ciudadanía a sus fuerzas armadas. Acciones de este tipo son las que podría impulsar el Consejo Nacional de Paz propuesto recientemente por el señor ministro de Defensa y que sería motivo de un proyecto de Ley.

Mientras tanto, debemos seguir con nuestra brega diaria y con la decisión de no dejarnos arrebatar un país que es nuestro y un futuro que debe abrirle espacio y oportunidades a todos, porque nada como la exclusión para desatar violencia; es hora de que aprendamos de nuestra dolorosa experiencia presente para tener la grandeza que las circunstancias hoy nos reclaman.

*Se debe  
apoyar a las  
autoridades a  
la par que  
exigirles  
eficacia en su  
acción.*